

## MARÍA TERESA LEÓN: CINCO CUENTOS RECUPERADOS

GREGORIO TORRES NEBRERA

1. Probablemente entre los varios géneros en los que María Teresa León vertió su atrayente literatura, testimonio valiosísimo de su personal aventura y de la aventura de su tiempo, fueron los cuentos –siete colecciones– en los que la pluma de María Teresa estuvo más acertada<sup>1</sup>. Y habría que desear que esas siete colecciones algún día no tardío pudiesen recobrase en una edición conjunta que pusiese al alcance de nuevos lectores una obra singular, que inexplicablemente sigue bastante desconocida, por falta fundamentalmente de ediciones recientes y solventes<sup>2</sup>. Una pequeña aportación encaminada a esa recuperación total se ofrece en el presente trabajo, que recoge la transcripción y breve comentario de cinco cuentos, separados, entre los cuatro primeros y el último, bastantes años entre sí, que son otras tantas aportaciones (unas primerizas, otras maduras) a la cuentística de su tiempo.

Con el primero –«De la vida cruel»– se inició la colaboración de María Teresa en el *Diario de Burgos*, en el número del 11 de diciembre de 1924<sup>3</sup>;

---

<sup>1</sup> Vid. mi reciente libro *Los espacios de la memoria (la obra literaria de María Teresa León)*. Madrid, Ediciones de la Torre, 1996; en especial el capítulo segundo –págs. 61-119– dedicado a las mencionadas colecciones de cuentos. El presente trabajo, que ultimo en el mes de mayo de 1996, viene a completar lo expuesto en dicho capítulo.

<sup>2</sup> En honor a la verdad hay que señalar que fue la Editorial Espasa Calpe quien difundió en 1979 la primera recopilación de cuentos de María Teresa en un volumen de la desaparecida colección «Selecciones Austral»: *Una estrella roja*, con un prólogo de Joaquim Marco. Unos años antes ya se contaba con ediciones modernas (Austral, «La Gaya Ciencia») de *Rosa-Fría, patinadora de la luna*, colección que en 1990 reeditó Ed. de la Torre, con prólogo de María Asunción Mateo; y, finalmente, el libro *La bella del mar amor* ha sido rescatado por Cairel Ediciones en 1992. Jamás se han reeditado ni el primero de los libros de cuentos –*Cuentos para soñar*– ni la colección titulada *Las peregrinaciones de Teresa*.

<sup>3</sup> En efecto, María Teresa veló sus primeras armas como escritora con una serie de artículos aparecidos en el diario de la ciudad en la que a la sazón vivía (entre diciembre de 1924 y junio

también el segundo –«Teórico y Práctico»– se publicó en tres números del mismo periódico (4 de marzo, 1 y 4 de abril de 1927), y ambos firmados con el seudónimo «Isabel Inghirami» que habitualmente usó María Teresa al pie de estas primeras colaboraciones periodísticas<sup>4</sup>. El tercero y el cuarto proceden de los años de guerra: uno –«De muerte a muerte»– se publicó en *El Mono Azul* (n.º 28, 12 de agosto de 1937)<sup>5</sup>, y el otro –«El teniente José»– se recogió en el volumen colectivo compilado por María Teresa León y Javier Miñana *Crónica General de la Guerra de España I* (Madrid, Alianza de Intelectuales, 1937, págs. 93-96)<sup>6</sup>. El quinto y último, titulado «Manos Arriba», se incluyó en la publicación *Premios León Felipe de cuento* (México, Finisterre Editor, 1972, págs. 109-115), certamen en el que el texto de María Teresa recibió «mención especial» y compartió volumen con otros relatos de Victoria Urbano, Marcela del Río, Celso Amieva, Fabián Dobles, etc.

Empezaré copiando los dos primeros, que fueron (como he dicho) otras tantas muestras de la primeriza y jovencísima escritora en la prensa burgalesa.

#### DE LA VIDA CRUEL

La luz, tamizada por las cortinitas de batista rosa, daba al cuartito modesto una moderna nota de coquetería; sobre el costurerito, unas violetas hablaban de la delicadeza de la mano, que ágil voltea los bolillos junto a la ventana, y va trenzando el ensueño de una blonda ideal. Paz, sosiego en la casita tranquila, que tiene las maderas entornadas, para que el sol no desluzca los pobres cortinajes de yute y dé esa sensación de limpieza y reposo que pone un rayo de sol al filtrarse indiscreto y curioso en el interior.

¡Qué lejos aquella mañana la fantasía de la que trabaja junto a la ventana! Se ve niña cuando sólo era Lolita Esteban y vivía en una casona de piedra y tenía tranquilidad. Luego... el noviazgo con un guapo mozo artillero. Los pergaminos llenos de ejecutorias del muchacho deslumbraron, con el fulgor de sus besantes<sup>7</sup> y la

de 1928). Una relación completa de esas colaboraciones se puede ver en la págs. 216-217 de mi libro citado en la nota 1.

<sup>4</sup> En realidad no fueron estos los únicos cuentos que María Teresa publicó en el «Diario de Burgos», sino que en otras dos ocasiones entregó otros tantos relatos que acabaron incorporándose a los varios que se insertan en la cornice narrativa que estructura su primer libro *Cuentos para soñar*.

<sup>5</sup> La firma de María Teresa apareció nueve veces en «El Mono Azul», al pie de otras tantas colaboraciones, tres de las cuales fueron «cuentos de guerra»: el que aquí se reedita y los titulados «El Barco» y «Una estrella roja», que se incorporaron a la colección *Morirás lejos...* (1942).

<sup>6</sup> *Crónica General de la Guerra de España I*. Madrid, Ediciones de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, 1937. En este volumen se editan los siguientes textos de María Teresa, además del cuento aquí recordado: «La cultura, patrimonio del pueblo» (págs. 89-90), «Los cazadores de tanques» (págs. 91-92), «Mi barrio en ruinas» (págs. 111-114) y «La doncella guerrera» (págs. 79-82), texto este último al que haré referencia posteriormente.

<sup>7</sup> Los «besantes» o «bezantes» (del nombre de una antigua moneda bizantina) eran piezas circulares de metal que figuran en los escudos de armas; cuando están coloreados, se llaman «roeles».

majestuosidad de leopardos y calderos, a la familia. Un verdadero sueño para la provincianita, hija del secretario del Ayuntamiento ¡Qué envidias! ¡Qué tijeras más afiladas las del paseo pueblerino! ¡Qué alegre la novia! Era blanquita y morena, los ojos azules de suave entonación, la figurita frágil, dulce el temperamento y hábiles sus manos de hacendosa mujercita.

¡Boda! ¡Boda!, doblaron las campanas al llegar al templo la novia blanca. La emoción humedecía los ojos negríssimos de Alfredo Vélez, al notar que temblaba junto a sí el cuerpecito de colegiala de Lolita.

Pasaron los años, dejando implacables su rastro de desilusiones, traducidos los días amargos en el gris de la cabeza altiva, y se encorvó a la tierra la carita blanca con los ojos azules.

Allá, en África, el dolor de la muerte del mayor de los hijos, la enfermedad que acecha y vence, el sufrimiento sin consuelo ante la crueldad del destino, más horrible por la falta de salud de Lolita, y la paga sola para hacer frente a la vida.

Paz, reposo en la casita tranquila, desde que se instalaron en el pabelloncito que el Regimiento da, en la bella ciudad mediterránea.

Pero... resignada, la cabeza se inclina sobre el encaje que es el descanso de las manos acostumbradas a trabajar, y la tristeza de su vida de sacrificada se condensa en una lágrima que resbala y cae.

Alfredo es muy bueno, adora a la mártir y tiene admiraciones para el trabajo perseverante de su compañera.

Además las niñas, dos pequeñas que lleva siempre como el oro, con la coquetería de un bordado o un lazo, y el chico... El chico es su esperanza y su amor. ¡La de besos que dio al retrato de cadete! Desde allí ve a su Carlos que la mira, alto y esbelto con uniforme de artillero. «Es como era su padre», y sonrío al recuerdo feliz. También, como él, sueña con la vida, con la gloria; como él, tiene un destello de orgullo en los ojos negríssimos y un sello aristocrático en la figura que promete varonil prestancia. Y además... es tan bueno; sale de la Academia dentro de unos días, con las estrellas de teniente en la bocamanga.

Los sueños terminan con la llegada de Alfredo, que besa piadoso la frente dolorida.

Hoy están solos; las nenas en el colegio, y charlan mientras comen los fiambres que componen el extraordinario de aquellos días.

El médico ha prohibido a Dolores la entrada en la cocina; ha dicho que tiene que renunciar a trabajar y marchar al campo.

La pobre mujercita blanca, que tiene una suave y triste mirada en los ojos azules, tiembla todas las tardes con la fiebre traidora de edema de pulmón; ha quedado teñido de sangre su pañuelito al toser, y ha puesto su tos un sonido de alarma en la casa tranquila.

Alfredo la mima con planes, en los que el dinero falta para su realización, y la pobre Dolorcitas sonrío con tristeza.

Una ráfaga de desesperación aleja momentáneamente a los tristes, pero la evocación de Carlos es una caricia para sus frentes calenturientas. Y el recuerdo tranquilo de los triunfos del cadete, que en sus cartas les comunica su optimismo del vivir, sustituye los negros nubarrones con el ansia de seguir aquel camino que ante ellos se abre, como prolongación y desquite de su vida de sacrificios.

Pero... en la casita tranquila donde brilla el sol en todos los muebles, donde las flores ponen una delicada ofrenda en la mesa de él, donde el sacrificio diario de Dolores puso el confort del hogar pobre y feliz, la tos seca resuena en las paredes, se pierde en el eco de los altos pasillos y temblando deja el corazón animoso de la mártir.

\* \* \*

La vida parecía olvidar sus crueldades y el destino más piadoso se mostraba, hacía dos años desde aquella mañana.

Terminó su carrera el muchacho, y el desahogo de no tener que atender a los estudios del chico –dogal que aprieta a las pobres familias– les permitió tomar entre los pinos cercanos una casita, donde reponer Dolores sus pulmones cansados. Alfredo trabaja y es secretario de una gran empresa.

Carlos está en África, contento con su buena paga, animoso, mirando de frente el porvenir. Los jefes dicen que es un gran muchacho y todo el que conoce a Carlos Vélez, tiene para él elogio y amistad.

La Patria tiene tiranías: la bandera roja con su franja de oro, trémola sobre la parda tierra del Rif, no como emblema de victoria, sino como sudario glorioso de valientes. Las casitas blancas de Tetuán, con sus imprevistas perspectivas y el encanto brujo de sus noches de luna, no fue sólo poética conquista. Las calles de la moderna Melilla, el puerto de Ceuta, Larache, la de la barra infranqueable, Alcázar Xauen... fueron ganados con el cruel esfuerzo que la Patria exigió a miles de hijos, de padres, de hermanos. Quitó al campo los brazos jóvenes, a la novia lugareña el encanto de una boda envidiada, a las madres el triste consuelo de amortajar el cuerpo, que ellas envolvieron en pañales. Y el sol implacable cae sobre las cabezas juveniles que tienen bajo la gorra cuartelera ensueños de aventureros del siglo XVI<sup>8</sup>.

Todos los días los periódicos son devorados con impaciencia por Dolores; todo está en calma allá. Mas el corazón de una madre está escuchando siempre el paso de la bala traidora, la venganza del paco<sup>9</sup> que acecha.

El coronel ha llamado a su despacho al capitán Vélez. Con voz, que pretende hacer firme, le habla de un tanque que al aprovisionar una posición, ha caído en poder del enemigo. Tiene la hazaña de la defensa sabor de epopeya en los labios del veterano de Filipinas. Con una angustia, que no le permite hablar, escucha Alfredo, no queriendo creer su desdicha.

Y cuando el nombre de su hijo tiembla entre las palabras de consuelo, le nubla la vista la emoción, sus dos manos torturan la frente llena de amarguras, que se petrificaron en surcos, y cae sobre una silla con frío en el alma que desea la muerte.

El viejo coronel siente el cosquilleo de una lágrima y piensa en el suyo que también allá quedó y sin saber dónde.

La tristeza les une, un abrazo les acerca borrando disciplinas. ¡Valor!

<sup>8</sup> En el primer tercio de ese siglo tuvo lugar lo más significativo de la expansión de Castilla en el norte del continente africano.

<sup>9</sup> Voz de origen onomatopéyico con la que se designaba al moro de las posesiones españolas en el norte de África que, escondido, disparaba a traición contra las tropas españolas.

Sí, pero, ¿y ella?, ¿y la dulce compañera de su vida? Él es soldado y tiene que aparentar rudeza exterior; él, en su código del honor, prefiere tener un héroe muerto a un vivo cobarde. Pero, ¿y ella? Tanto sacrificio, tanto sufrimiento para sacar adelante aquel hijo, para hacerlo hombre, con tanto mimo, cuidado, y ahora... La muerte y la Patria, con los lacónicos puntos y rayas del morse, transmite impasible la noticia.

Ha llamado temblando en la casita humilde; dentro se oye una canción infantil. Dolores parece que renace y es feliz.

Ha salido a abrazarle riendo, pero en los ojos la noticia brilla con luz funeral. Convulsa le interroga con la esperanza agarrada al corazón.

No, la desgracia lo hizo bien, completa es su obra.

En las sillitas bajas, junto a la ventana, unidos como en todo el calvario de su vida, lloran el alcance infinito de sus infortunios.

«Para qué vivir para esto, para qué vivir». Pobres víctimas de la vida cruel, de la vida amarga en su impotente rebeldía.

Curvadas las cabezas que fueron de endrina y que cobijaron sueños de ilusión, deshechas las almas que lucharon valientes, perdida toda la labor, toda la cosecha de felicidad. Sarcástico el destino implacable ríe, mientras el sol finge en el cielo tonalidades engañosas de púrpura y colores las nubes en sus quiméricas fantasmagorías.

### TEÓRICO Y PRÁCTICO

Aquel niño nació en una noche de diciembre de frío espantoso, mientras morían varios indigentes helados y hambrientos. Destinado estaba a los más altos destinos; su estrella titilaba segura en los espacios y el que luego sería paladín de los humildes, lloraba con desconcierto al abrir los ojos al mundo de los hombres.

Mariquilla Atienza, junto al moisés pretenciosamente adornado de «tironés»<sup>10</sup>, sueña una biografía fantástica –futura– del angelito, que, los puños apretados contra las mejillas, la carilla de viejo filósofo sobre la almohada bordada, duerme en venturoso olvido de los cuentos, canciones, gritos estrepitosos y caricias exageradas de los hermanos, vecinos y demás parientes.

De los cuatro frutos de bendición anteriores, uno había muerto y los tres que quedaron, dos varones y una hembra, eran tan poco dotados de luces y de tan apretadas mulleras, que aparte unos hojaldrados y almíbares que sabía hacer la primogénita, en el capítulo de monerías filiales para honesto orgullo materno, no se hallaba ningún trazo digno de atención.

En el chiquirrín que descansa, sombreada la carucha por la media naranja de la capota del moisés, tiene puesto María Atienza hasta el orgullo de madre de un futuro hombre célebre.

Ella es de Jerez y más leída de lo que las andaluzas suelen ser, por poseer desde niños la ciencia infusa de la réplica y del salero, que esquivo con ágiles piruetas mentales los escollos en que la poca instrucción las coloca.

Casóse y multiplicóse excesivamente su progenie, porque a los treinta y un años se encontraba con los tres chavales mayores, que la traían como zarandillo<sup>11</sup>, ya lim-

<sup>10</sup> Festón de randas que rodea la cuna.

<sup>11</sup> «Ir de un lado a otro, sin parar un momento».

piando a éste las narices interrogantes, punta al cielo, ya atusando los rufos<sup>12</sup> y ensortijados caracoles de la mocita o lactando al pequeño entre el ahogo continuo de necesitar ayudas mercenarias para sacar a flote aquel cachito de cielo, de ojos azules, completamente de cornisa y más tarde completamente berroqueño<sup>13</sup>.

La llegada de «Pichurrín» a este mundo, acaecida por Navidad y anticipada con una herencia, traía tantas muestras de futuro esplendoroso, que Mariquilla creyóse en el raro deber de *imponerse* a su marido y, chillando como acostumbraba al fiero consorte, le conminó a buscar un pisito pretencioso y barato en el corazón del Madrid jaranero, no lejos del Ministerio donde el buen hombre trabajaba, que era el de Gobernación. El sitio, por tanto, de lo más grave para una herencia de 18.000 duros; pero dejaron el hotel-caseta de peones de la Ciudad Lineal y la plaza de Celenque les acogió con su remanso provinciano.

«Pichurrín» promete ser listo, muerde todo lo que sus manitas consiguen con saña cruel y muestra predilección por los dedos de Josema el pequeño, siempre llenos de tinta, por la maldita ocurrencia que tuvieron los hombres de inventar la pluma y la escritura.

Todos estos signos peregrinos, los de los dedos del hermano, lo de la avidez de mascar con sus encías sonrosadas hasta clavos, la manera pícara que tiene de sonreír a las chicas y echarles los brazos y cierto «ma» rudimentariamente articulado, son motivos más que suficientes para hacerle creer a Mariquilla en el talento del vástago, y soñarle ministro en el Ministerio donde su padre borronea –según ella dice– hasta los discursos que el secretario entrega como originales para las declamaciones obligatorias de un bendito señor que en su vida se las había visto más gordas que sentarse bajo la torrecilla de la «bola»<sup>14</sup>.

Ventura García –marido– era un licenciadillo calavera, hecho a fuerza de empujones paternos, achulándose en sus mocedades para aburguesarse más tarde, conservando sólo una afición desmedida a los toros, de sus tiempos de tasca, copeo con sus amigos de abotinado pantalón y muchachuelas ambiguas, que no saben si se entregarán hasta la seña del chulo que la protege con las luces de una faca, que no suele nunca perder su brillantez con sangre de parroquianos.

Vive del sueldo y de la herencia, bajo la soberanía tiránica de la carne morena de Mariquilla; la curva de la madurez le hace perder la línea, dando un relieve grotesco poco armonioso a su tipo huesudo de castellano viejo.

Él también cree en el porvenir de «Pichurrín» y espera.

\* \* \*

El tiempo confirmó las esperanzas. Según sus leyes, «Pichurrín» creció y le llamaron en el colegio «Goal». La epidemia futbolística, prendiendo en las hordas infantiles, les

<sup>12</sup> «Rubios».

<sup>13</sup> «Primero cielo tierno, como de niño, y luego duro y hermoso, como de hombre».

<sup>14</sup> Alusión a la famosa bola que “desciende” cada año en la torreta que corona el famoso reloj del palacete de la Puerta del Sol madrileña (sede durante muchos años del Ministerio de la Gobernación) para anunciar el año nuevo.

hizo trocar el peón, el marro, el «dao» y el divertido «gua»<sup>15</sup> por la pelota recubierta de cuero y las frases sagradas del nuevo rito. Derrotados los antiguos ídolos, la imaginación del niño rico, del hijo del empleaducho que pide a los Reyes insistentemente el balón, de los artesanos que lo compran reuniendo sus perrillas de aprendices, de los golfos con su pelota de trapos unidos con puntadas por unas amorosas manos maternas, todos tuvieron el mismo derrotero.

Se formaron equipos. Los diferentes colegios organizaron partidos donde el honor del triunfo se guardaba en una copa plateada. Se llegó a la obsesión del tecnicismo. Hasta las mocitas del barrio castizo amenazaron con un «penalty» al cortejador zumbón que lee periódicos de deportes en vez de la antigua inquietud que le llevaba hacia los crímenes de sensación.

En aquellos días venturosos del tránsito a la edad del deporte, «Pichurrín» llegó al mundo. Cuando fue al colegio ya estaba iniciado por los hermanos mayores en el difícil arte de chutar y de hacer regateos en el pasillo de su casa. Se sintió feliz cuando en el patio dio dos voleas al balón del colegio y le consideraron el más robusto de la clase de peques.

Aprendió muy pronto a leer y discutió filósofo con un compañero de segundo.

—¿Por qué tienes esa hincha al padre Acuña?

—Por mandón en cosas que no le importan. Es de los de preparatorio; pues que allá se quede.

—¿No ves que es el director espiritual de Paco y que le diste una carga que le gotearon las napias tres horas, bruto?— insistía «Goal».

—Y a ti te las hincho y te pongo un ojo a la funerala, como sigas; anda éste, qué tendrán que ver los desperfectos del pellejo, con el alma de cántaro de Paco.

«Goal» no dio su brazo a torcer y le habló de lo de arriba y abajo, de lo divino y por divinizar, con una soltura que el patituerto muchacho «se quedó clavado en el sitio». Desde entonces, en vez de «Goal», le llamaron «el Teórico». Hablaba de virtudes y no las practicaba; era un bicho malo que estudiaba primero de latín. En los remos ocultos por medias inglesas estaba el prestigio del equipo de pequeños.

Al bendito Vicente Orea le llamaron «el Práctico» porque practicaba las teorías de virtud del hijo de Mariquilla Atienza.

\* \* \*

Las canas dieron a Mariquilla un aspecto prematuro de vejez. Cuando los mayores veían a la madre del «Teórico», la miraban con cierto deje de hombrecillos y comentaban su aire decidido, su pelo blanco en los aladares que descubría el sombrerillo de fieltro y los ojos negros donde se veían destellos geniales como en los del «Teórico».

«Pichurrín» tuvo por su madre veneración. Al poco una noticia conmovió a todo el colegio: el pobre «Teórico» no volvería porque su padre acababa de morir; se marchaban a la Ciudad Lineal<sup>16</sup> y no podría seguir los estudios porque no tenía un céntimo...

<sup>15</sup> Diversos juegos tradicionales —la peonza, los bolos, las canicas, correr y perseguirse unos tras otros, etc.— frente a la novedad del juego del fútbol, como afición lúdico deportiva en aquellos años veinte que alguna huella dejó en la literatura del momento.

<sup>16</sup> La pobreza les hace volver al mismo barrio de donde habían salido. Un cambio de barrios y calles en las que vivir se produce también en el caso de la familia de doña Francisca Juárez,

Muy rojo, con la vista en el suelo, escuchó el «Práctico» los elogios que ante el colegio entero le dedicó el padre rector.

«El Teórico» terminaría sus estudios; el opulento contratista de obras, padre del muchacho más bueno del colegio, costearía su educación en Chamartín<sup>17</sup>. Los vítores hicieron retemblar los cristales de los claustros, se oyeron risas con lágrimas y sollozos que pasaban por gargantas oprimidas.

El pobre pequeño, casi loco de agradecimiento, se colgó al cuello del «Práctico» y besándole fuertemente le dijo bajito:

—«Te querré tanto como a mamá».

Los primeros vencejos piaron sobre el patio y una paz que venía del cachito de azul que se divisaba, pareció caer diluida en lágrimas tranquilas que de los ojos de los dos muchachos llegaban al corazón, uniéndoles para el futuro.

\* \* \*

En la Universidad les encontraron siempre reunidos; los dos eligieron el Foro para escenario de sus éxitos. Vicentín reposado, alto, macizo, con torso de atleta, corto cuello que remataba una cabeza correcta de ojos pacíficos y monótonos rasgos. En cambio, Luisín, «el Teórico» de antaño, es esbelto, se adorna con cara gitana, con unos ojos profundos que se oscurecieron como los de su madre y que parecen esmaltes entre las pestañas negras y la piel trigueña; los dientes blanquísimos los descubre con un gesto levisimo de desdén que le vale muchas voluntades femeninas; su cuerpo esbelto tiene un aire cañí<sup>18</sup> de torero malogrado.

Los años mozos fueron felicísimos; la bolsa de Vicente, seguro manantial donde apagar la sed de vida que le devoraba.

Oteó por las salas de juego, tuvo compinches de baja estofa y, como su padre, se codeó con el explotador de las gracias ajenas; sólo que los de ahora llevan la chaqueta de saco, los billetes en el bolsillo de la pistola, las ojeras levemente acentuadas; se dicen decadentes y no son más que pillos que encuentran más elegante que les paguen que pagar.

Se hizo asiduo de bares de los arrabales con pianola eléctrica, donde pretendía haberse refugiado el casticismo. Se le vio en Maxim's<sup>19</sup>, donde parecen los concurrentes dedicados a un pugilato de caras de sueño o a una atrevida controversia de ingenios de imbécil. Fue siempre de los de la menor consumición, y aún esto era para la madre el sacrificio de no salir de la caseta de camineros de la Ciudad Lineal. Llevó los cuellos

---

de la novela galdosiana *Misericordia*, tan admirada por M. T. León, que acabó adaptándola al teatro.

<sup>17</sup> Chamartín de la Rosa era, entonces, barrio residencial a las afueras de Madrid, en donde estaba ubicado uno de los colegios más prestigiosos de los jesuitas.

<sup>18</sup> «Agitanado».

<sup>19</sup> Famoso cabaret parisien fundado en 1893 por Máxime Gallard, que alcanzó su mayor fama como centro de reunión social durante la Exposición de 1900. Ignoro si en Madrid, a imitación del local francés, se abrió otro cabaret de características parecidas, como parece sugerir el texto de María Teresa.



bajos, se enamoró de una danzadera<sup>20</sup>, tuvo un serrallo gratis gracias a sus desplantes de gallo y la última lección de la carrera le sorprendió como una monstruosidad. ¡Ya licenciado! ¿Y ahora, qué haría?

Muy correctos fueron Mariquilla y Luisito a dar las gracias al señor Vicente Orea, costeador de la carrera del muchacho.

La viuda, esbelta y conservando un aire aniñado en su belleza meridional, hizo estar al padre de Vicente, hosco negociante, puro almíbar.

–La chica se va a casar; tiene amores desde que era así, con un teniente, ahora capitán, un sueldecito.

La Atienza, desbordada la fantasía con su cedillo de andaluza<sup>21</sup>, despreciaba hasta el acto heroico del que sería su yerno, al desposarse con la chica guapa, pero de cortísimos alcances, que sabía hacer piñonates<sup>22</sup> y almíbares, y componer según la última disposición de la *dulce tirana*<sup>23</sup>.

Mariquilla nunca hablaba de los hijos, los mayores eran ya para ella seres con los que se cumplía con una carta; el mayor, de telegrafista en un pueblo de la Montaña; el pequeño, en África, sargento de aviación, casado con una medio mora. En el alma de la viuda sólo encontraban acogida Mariquilla y «el varón de los altos destinos»<sup>24</sup>.

–Vuelva usted por acá –dijo don Vicente al despedir a los agradecidos– ahora que Vicentín se nos va a Inglaterra, Aurora se quedará muy sola.

A la mirada lanzada sobre su hermana, mujer desdibujada que desempeñaba todos los papeles de la casa, dijo ésta cortesmente que estaría honradísima si algunos días quisieran ir con ella a alguna conferencia de la «Acción Católica»<sup>25</sup>.

Complacidísimos salieron madre e hijo, y a los pocos días Aurora vino con el coche a buscar a María, no para llevarla a ninguna conferencia religioso-social, sino al Teatro de Apolo, donde lucían sus esbeltos tipos unas gentiles muchachas sobradas de ángulos agudos y faltas de tela.

Don Vicente llegó al tercer acto y llevó a Mariquilla una caja de bombones.

Al volver a su casa, sintió un vértigo de la razón, al pensar, dentro del auto confortable, en las atenciones de don Vicente Orea.

Al finalizar el otoño, llegó de Inglaterra Vicente, casado con una irlandesa ideal; al color de sus ojos como la vegetación, que valió a su patria el nombre de «Verde Erin»<sup>26</sup>, unía el encanto de un cutis de alabastro, donde la luz del alma se filtraba en

<sup>20</sup> «Mujeres de vida alegre» (recuérdese el uso del mismo vocablo en la famosa novela de Pérez de Ayala, *Troteras y danzaderas*, que describe un ambiente madrileño equivalente a aquél en el que gusta desenvolverse a nuestro personaje).

<sup>21</sup> La mujer presentaba los rasgos fónicos del ceceo, propios de la zona andaluza –Jerez de la Frontera– de donde procedía.

<sup>22</sup> «Dulce de sartén rebozados con miel o almíbar» (recuérdese que al comienzo se ha dicho que la primogénita sabía hacer «hojaldrados y almíbares»).

<sup>23</sup> La muchacha sabía bailar y cantar al ritmo de la tirana, antigua composición musical de ritmo lento y entrecortado.

<sup>24</sup> La aposición con la que se designa al muchacho está formulada –por contraste– sobre el sintagma con el que Galdós se refirió a la reina Isabel II en el «episodio nacional» que cierra la cuarta serie: *La de los tristes destinos*.

<sup>25</sup> Organización laica para ejercer el apostolado impulsada por Pío XI en 1922.

<sup>26</sup> «Erin» es el nombre en gaélico de Irlanda, usado en poesía.

suavísimas tonalidades, aumentando su virtud de transparencia. Era de franca risa y amigable trato; pronto fue la predilecta de la madre de Luis que, con la hija en lejana guarnición y Luis de escollo en abismo<sup>27</sup> por las calles matritenses, se encontraba falta de donde reposar su interés.

En el coche de don Vicente se veía la cabeza blanca de la viuda y la adorada rubia melena de la irlandesa, como si fuese ésta dorado fruto de aquellas nieves.

La primera vez que se encontró en la calle con Vicente, Luis le abrazó con regocijo.

—Estoy molido, chico. Hace dos días que no me he acostado, un planazo de juerga fantástica con Ernesto, que acababa de heredar.

Luego, sin transición, le afeó su conducta.

—Mira que casarte, so primo; si hubiese sido por la dirección de arbolado<sup>28</sup>, voy a verte para conocer a tu *secretaria*; pero chico, tu mujer me filiará entre los golfos y me asusto.

Expuestas estas razones, hilvanadas después de tanto insomnio, se aplanó a la voluntad de Vicente y siguió dócilmente a su amigo que le instaba a conocer a su bella mujercita.

El almuerzo fue cordial; la muchacha causó un efecto de asombro que se reflejó en los ojos, dilatando las pupilas y llevando la imagen que reflejaban a reconditeces de su cerebro. Allí le encontró cierto parecido con la danzadera que le interesó en sus años primeros de hombrecito.

El tú se impuso desde los primeros momentos, y en el saloncillo donde les sirvieron el café sintió la envidia de esta paz de su amigo en aquel ambiente confortable. «El Práctico» supo hacerlo; en cambio, él..., «teórico» toda su vida.

Menudearon las visitas a casa de Vicente; procuraba coincidir cuando Betsy iba a su casa y pronto la charla pintoresca de Luis se apoderó del alma infantil de la irlandesa. Accedió al flirt y el corazón ingenuo del «Teórico» se vio traspasado por los dardos de todos los dolores de amor.

Ver a la amada en poder de otro, saberla acariciada y dormida con arrullos de una voz tan conocida por él, por la voz del amigo de su infancia, por el bienhechor de su adolescencia, y toda su vida se transformaba al calor de aquel incendio que amenazaba con la purificación moral y material del muchacho.

Se quedó puro espíritu, casi inmaterial; vagaba como una sombra. Consiguió un destinillo porque Betty afeó sus ocios; empezó a estudiar y en unas oposiciones alcanzó una plaza de cónsul. ¡Bravo!; ya estaba su plan, se marcharían juntos, pediría ir a Shangai o a una lejana población del Amazonas.

Era una cobardía, pero, ¿no tiene todo el mundo derecho a una partícula de felicidad?

Se afeaba su conducta; huyó de encontrar la cara buenaza del amigo, y le perseguía la dulce sonrisa de su Betsy de los cabellos de oro. Tuvo momentos de arrepentimiento y de locura.

<sup>27</sup> «De mala en peor».

<sup>28</sup> «Si se hubiese andado por las ramas», o sea, «si hubiese sido una relación ocasional y poco seria».

Se sintió el desdichado «Teórico» que, abrazado a Vicente con el agradecimiento a raudales sobre su cara y ropilla negra, le prometió muy bajo «quererle como a su madre».

Y enflaqueció el muchacho, y el remordimiento le fue estrujando hasta la última gota del corazón.

Un día el cielo sin nubes envolvía, en una pálida cubierta de amanecer, la ciudad que empezaba a sentir.

Por una avenida de plátanos que curvaban sus lascas hojas heladas de un prematuro florecer, sonaron a escándalo las pisadas de alguien mal despierto que cruzó los raíles del tranvía y desapareció por el postigo de un gran edificio de ladrillos rojos.

A poco, cuando el primer tranvía pasó balanceando, en rápida carrera, sin más que los dos obligados viajeros, la Avenida se adornó con una risa de mujer, los pájaros callaron un instante, y la voz del hombre que la acompañaba siguió galanteando con gran acierto, a juzgar por la risa de la muchacha.

Torcieron por una callecita pequeña y entraron en una iglesia nuevecita, toda dorada, sosteniendo labradas columnas una sencilla arquitectura románica, florida con vidrieras multicolores.

La facultad de revivir el pasado asaltó a Luis Atienza.

Se vio arrodillado, mientras en el coro cantaban unos villancicos preciosos, y él pensaba en los capones que acababa de comerse en casa de Orea.

Se acordó del pequeñuco «Goal», tan nervudo de piernas y desgarrado de formas.

Revivió sus años pasados gracias a la delicada caridad del rudo contratista, y la melena de Betsy, que trasparenteaba el tul de la mantilla, se fue alejando y cambiando en el buen «Práctico», su camarada, con los ojos buenazos y aspecto de cargador que tenía a los doce años.

Sin darse cuenta se encontró en el patio; el padre rector alababa la buena acción de un hombre. Su hijo, instigador de la idea, tenía los carrillos chorreando sangre de confuso que estaba; él se inclinó para abrazarle y su trajezco negro se confundió con la blusa marinera en un abrazo infantil e interminable. «Te querré como quiero a mamá»...

Sonriente, con un brazo sobre los del que sueña despierto, Vicente Orea le contempla desde hace un momento; oye la frase que él tiene siempre grabada en el alma y que le escuda de una traición de su amigo.

Betsy también se ha acercado al atónito mozo y con un melódico medio tono ha dicho:

—Ves Vicente, ya está curado y además es un hombre de provecho. Señor cónsul, mañana sale su destino para Rosario de Santa Fe<sup>29</sup>.

¿Qué es esto? Una suave ternura rebosa del perplejo corazón de Luis. ¿Es que han sido tan buenos que, por sacarle de su encenegamiento, se han atrevido a jugar con fuego?

Se incorpora del banco; el sol que atraviesa el manto rojo de Santa Isabel le tiñe las facciones descoloridas por la lucha, y frente a Dios, testigo mudo de todas las

---

<sup>29</sup> Población argentina, en la provincia de Santa Fe, en la margen derecha del Paraná, que alcanzó notable fama comercial en el siglo pasado.

grandezas de la miserable corteza humana, ha reunido las dos cabezas sobre su pecho y ha dejado un beso santo sobre los codiciados bucles de oro.

Al salir sus dedos humedecidos en el agua bendita han hecho una cruz sobre la frente: «Para que me libre Dios de los malos pensamientos».

\* \* \*

El primero de ambos relatos responde a circunstancias personales y ambientales muy próximas a la escritora, pues se cuenta la historia desgraciada de una mujer, fallida en su condición de esposa y sobre todo de madre, teniendo como telón de fondo la diaria vida de cuarteles y regimientos y los desgraciados sucesos marroquíes que tuvo que afrontar la recién llegada dictadura primorriverista.

La experiencia personal de mujer de militar e hija de militar las transfiere María Teresa a su abnegado personaje Lolita Esteban, como así mismo cierta frialdad en las relaciones conyugales combinadas con el doloroso episodio de la muerte del hijo en las colonias africanas. Cronológicamente el relato se asimilaría a la abundante literatura –Sender, Díaz Fernández, Barea– que la guerra de Marruecos generó en aquellos años veinte y siguientes (denuncia antibelicista incluida, de una situación injusta que arrebató hijos criados para mejor suerte), adelanta algunas reacciones de resignadas mujeres de los cuentos de María Teresa escritos en la década siguiente (tanto las castellanas y lugareñas de *La Bella del mal amor* como las corajudas de *Cuentos de la España actual*) y apunta finalmente hacia ese íntimo y profundo dolor de parir unos hijos que se los traga la barbarie de la guerra, protesta que sale a colación en algunas páginas de la valiente biografía novelada de la esposa del Cid (mujer de otro militar, al fin y al cabo, y madre de un soldado que muere en batalla). En el capítulo séptimo de aquella biografía se recoge el dolor de la abnegada y fuerte Jimena cuando recibe el cuerpo niño de su hijo «en el pavés de los valientes», y musita, velando su cadáver, palabras que bien pudo hacer suyas la madre protagonista de este cuento: «*Hijo, por Castilla has muerto. Ella hace los hombres y los deshace... Esta es la última fortuna de los caballeros: caer con valor. ¿Te duele demasiado la muerte? ¿Tanto como a mí la vida? No hagas caso a mis lágrimas y sube al cielo en las alas de la palomela overita trocada en ángel, que yo me quedaré junto a ti para ahuyentar la noche*»<sup>30</sup>.

Sobre un fondo madrileño aprendido en las admiradas lecturas de Galdós –pasando ahora al siguiente relato inserto en el *Diario de Burgos*– y con los ecos de una moda «deportiva» que impregna juego y lenguaje, María Teresa escribe

<sup>30</sup> *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes*. Buenos Aires, Losada, 1960, pág. 153 (hay edición española en Biblioteca Nueva, 1968, con una carta manuscrita de don Ramón Menéndez Pidal).

un canto de hermosa amistad y camaradería entre dos muchachos de clases sociales algo distanciadas. No se parece apenas este cuento a las diversas líneas temáticas que posteriormente interesaron a la escritora en sus varias colecciones de relatos breves; si acaso, en esta historia de amistad que hunde sus raíces en una generosa camaradería de infancia, podría intuirse el interés de María Teresa por adentrarse en el mundo infantil que se advierte en varios relatos de la colección de 1936, *Cuentos de la España actual*, como por ejemplo los titulados «Un examen», «Cara de perro» o «Sistema pedagógico», pero sin llegar al trasfondo amargo, deprimente incluso, al que contribuyeron las aceradas posturas de los años treinta. Sin embargo, hay una decidida fe en la lealtad, como fundamental aspecto de una conducta moral que sabe superar peligros y acendrar en lo auténticamente valioso; una dimensión ética de la literatura de María Teresa León, que estuvo presente en todos sus textos.

2. Paso ahora a copiar los dos relatos de guerra, que se corresponderían con algunos de los textos reunidos en la colección de 1942, *Morirás lejos...*, o en la novela *Contra viento y marea* (1941).

#### DE MUERTE A MUERTE

Iba a incorporarse. Un hombre cuando se decide a quedar bien en la vida, sin saber por qué, hace el gesto masculino de apretarse el cinturón para sujetarse los pantalones. El «Guinda» se subió los pantalones de pana y se marchó a incorporar. «¡Hijo, es la guerra!» «Da noticias» «¡Me moriré!». Todo lo que en aquella ocasión decisiva sonó en sus oídos fueron coplas de mujeres. A los pocos días, en la carretera por donde él se marchó, la hermanilla pequeña, esa que gasta trenzas despeinadas y limpia, quitando, como una mujer, los mocos al pequeño que lleva en la ancas igual que un botijo, decía a los caminantes: «Nuestro hombre está en la guerra».

«¿Cuántos hombres tenéis en la casa?» «Pues ése». «¿Quién queda para el campo?» «Pues, nosotras». La hermanilla sabía bien que si más hubiese habido, más hombres hubiera dado su casa. «La patria llama a los mozos», medio se oía decir a un viejo sentado en una piedra del camino. «¡Jesús! ¡Los moros nos van a derrumbar España!», era la opinión de una vieja. El castillo cerraba el pueblo con sus agudos colmillos al aire. En los balcones del lugar se lucían rótulos y banderas. Las organizaciones colocaban más letreros, sobre todo en éstos que parecen palacios con portales grandes para que entren coches de señoritos o en aquéllos que lucen su jardín con rejas pintadas de verde, donde aún se cree ver asomar la señorita que seguía por el «El Hogar y la Moda» las elegantes maneras del vestir ciudadano. En todos estos sitios la mano vengadora del oprimido puso su huella: «¡Eh! ¿Quién sabe escribir con buena letra *Comité de Pastores pertenecientes a la U.G.T.*?» Trajeron al secretario del Ayuntamiento. Temblaba. Todo temblaba aquellos días en el pueblo, menos Judas sacado de la iglesia y plantado en el control con una banderita roja y Cristo, cambiada su corona de espinas por una alegre corona de hojas tiernas de fresno<sup>31</sup>.

<sup>31</sup> Fue frecuente sacar de sus lugares habituales las estatuas de santos y los numerosos cristos, con los que en ocasiones se hicieron hogueras (la barbarie fue, desgraciadamente, mucha) y en

Se barría el lugar con las iras ocultas bajo los trajes masculinos, esos trajes de pantalón de pana color de miseria parduzca que resisten el agua y los soles para, al final de su vida, endurecerse como panderos antes de ser heredados por los hijos, a quienes se les asientan en las nalgas las costuras mal hilvanadas por la madre. La ira del pueblo hacía levantarse las blusas negras que caen enlutando los cuerpos, como si éstos ya tuvieran su destino a la mortaja y al llanto. Estas blusas no se achican para que las hereden los muchachos, porque es costumbre que se vaya de color sufrido, como es el gris hospiciano o el azul que aguanta la lejía. También la ira del pueblo agitaba las faldas y los cabellos oscuros, que parecieron rojos cuando subió el incendio purificando el sitio donde estuvo la cárcel. Tardó en despintarse el rótulo de aquella casa. Cuando se vieron los huesos de las piedras, los vecinos se retiraron a descansar con el corazón ancho abierto a Castilla, que volvía a ser suya por conquista, militarmente, como sus antepasados la poseyeron, palmo a palmo, metro a metro, entre dolores mortales de crecimiento.

Por la carretera se fueron después los voluntarios. El padre de Zoilo, presidente de los cabreros y pastores, se quedó con la cayada temblándole de ansias: «Yo también fui soldado». Durante una sesión explicó a los del Ayuntamiento cómo se hace la guerra en la Manigua<sup>32</sup> y por qué la Dehesa Ventera debía ser toda del pueblo y no repartirla con el otro pueblo que quedaba costero. Aquel día se levantó también a hablar un hombre flaco, azulado de barba, los ojos chamuscados de sol. Era uno que también conocía la guerra (había estado en el Tercio), cantaba fandanguillos y picaba tabaco con una navaja de esas que los viajeros compran en la estación de Albacete a los albaceteños de ancha faja negra clavada de reflejos mortales. Discutieron. En los pueblos se discute lentamente, porque lenta pasa la vida. Unos serán de opinión de arreglar primero el pueblo; otros, de arreglar la patria. Allí no se escuchaban más razones que las de los bien barbados; los jóvenes estaban excluidos de la reunión. La loca juventud sacaba los santos de su aislamiento y los ponía en pie de igualdad humana, apeados al fin de los altares o de las alturas, pobremente pálidos de vísperas y sermones de varios siglos. «Guinda» fue quien decidió el asunto. Levantó los ojos, muy abiertos, se descubrió la cabeza con esa cortesía de los hombres acostumbrados a estar entre iguales, y sentenció: «Primero ganar la borrega que repartirse la pelleja». Todos comprendieron. La borrega era la ancha y hermosa tierra de España con sus hombres montañosos y sus venas de agua arañándole la carne hasta dar en el mar. La patria, como decían los más viejos, aquéllos que volvían con traje de rayadillo de las colonias y un canuto con la licencia absoluta<sup>33</sup>. Los viejos desgraciados que sirvieron

---

otras ocasiones se almacenaron precisamente para protegerlas, como parte del patrimonio artístico. La misma María Teresa refiere en su *Memoria de la Melancolía* varios de estos salvamentos en pueblos toledanos, y ante la contemplación de una fotografía de Robert Capa, en la que se mostraba un conjunto de imágenes religiosas amontonadas y catalogadas en un almacén, Pedro Salinas ideó su pieza teatral *Los santos* (1946).

<sup>32</sup> «La manigua» es el nombre que recibe el terreno pantanoso, cubierto de malezas, en las Antillas. Aquí, por extensión, debe entenderse la isla de Cuba.

<sup>33</sup> Se alude a los soldados repatriados de las guerras coloniales de fin de siglo –Cuba, Filipinas– cuyo uniforme era, en efecto, de algodón rayado (vid. el comienzo de obras teatrales como *Las galas del difunto* de Valle o *Bodas que fueron famosas...* de Rodríguez Méndez). Estos soldados

al rey y nunca a su patria, los que limitaban la patria a votar con el candidato que ofrecía y no daba, a marchitarse esperando la breve fortuna de una cosecha, los que morían sobre la tierra aguardando sentados la propia. Tierra de relente para los que la vigilan y la parten y la fecundan. Tierra de cementerio, vendida a palmos y no a hectáreas ni a fanegas. Tierras de pan morir y no de pan ganar, tierras de otros. La patria comienza hoy. La patria empieza el 18 de julio.

«Guinda» se sacudió los dedos de los pies, la planta, los tobillos, metió el todo en un lebrillo, donde la hermanilla puso hierbabuena, y el agua se coloreó de llanura. El jabón, vetado de azul, fue refrotado por las piernas peludas de pastor de cabras, piernas terminadas en esa pezuña callosa del que sólo conoce los montes, con polainas de pelo como líquenes de peña subidos hasta la ingle. La hermanilla cambió dos veces el agua del lebrillo muy seria, asistiendo al lavado precursor de la vela de armas, hosca entrada en vida fruncido el ceño, como había comprendido que es necesario hacerlo los días de duelo, de amor o de marcha. «El Guinda» sería el primer mozo que marchase a conquistar la borrega, que fuese a la guerra para evitar mayores males, daños como esos de los que daban cuenta los periódicos. Los periódicos que traía la hermanilla y que eran tirados por las portezuelas de los coches ligeros que arrancaban de raíz las casas del pueblo a llevar órdenes, noticias, milicianos. Todas las vecinas se reunieron en la cocina de la madre mientras «Guinda» acababa de dominar aquellos pies callosos. «Criar hijos ya se sabe que es penar». «No se aflija; algunos soldados vuelven». «La Asociación, ¿le dio permiso?». La madre, al comienzo de la visita, aguantó con esa gentileza campesina que se acentúa los días de pésame; al final, dio un respingo: «Que vuelven, que vuelven... Si fuesen todos los que tienen que ir, volverían antes». «Si lo dice por mí, aún los tengo pequeños». «Sí, pero tu marido en la taberna, el día y la noche. ¿Crees que no sabemos que la mañana que nos dieron la iglesia se bebió las vinajeras?»

«Guinda» estaba listo. Salió y el corro se fue dispersando por el pueblo. Su tía lo llamó aparte: «Hijo, aunque ya sé que eres incrédulo, préndete esta medallina contra las balas y la metralla... La llevó tu tío cuando libraron la de Montejurra<sup>34</sup> y le preservó». «Guinda» tuvo como un vuelco en el interior de su pecho. ¿La rechazaría? ¿Y si le traía la mala el hacerlo? La tía lo besó entre las cejas, luego en el pelo, después en las dos sienes. «Guinda» la dejó hacer. Notó que le hacía la cruz y no la detuvo. ¿Y si esto le acarrearía la suerte? Después, la tía humedeció la punta de sus dedos, y con las yemas aldeanas, rasposas de ir al escardeo, ungió levemente los párpados del mozo. «Para que no veas venir la muerte». Después le santiguó la boca. «Para que nunca vendas a tu patria ni con la acción ni con la palabra». «Guinda» vio un rayo cruzarle las entretelas de los ojos. No había pensado en la muerte. Pero un voluntario debe pensar en la muerte. «Tía, ¿usted vio al tío-abuelo muerto?». «Oye hijo, te meto la camisa del padre y seis pañuelos de hierba. Te ponemos medio chorizo que trajo la Carmen». La madre hablaba de la vida; la tía, de la muerte. El pueblo, flexible de banderas, seguía rotulando las casonas con enormes letras rojas o negras. «Guinda», cuando echó a andar,

---

recibían la licencia definitiva en una especie de cartulina enrollada en un cilindro de lata: «dar canuto» equivalía a «licenciar a un soldado del servicio».

<sup>34</sup> Nombre de dos famosa batallas celebradas en las estribaciones de Montejurra (cerca de Estella) en la primera y tercera guerras carlistas.

se alzó los pantalones y se apretó el cinturón como cuando los hombres se deciden a quedar bien en la vida. Pensó con desprecio en los que se repartían en la Asociación y en el Ayuntamiento la piel de la borrega antes de ganarla y se fue a pelear por la patria, como deben hacerlo los hombres.

Así habló en el 5.º Regimiento<sup>35</sup> cuando le interrogaron. Su voz sonó a llanura feudal. La cabeza despejada miró la cúpula de la torre de los Salesianos; después el patio. A esas horas estarían los mozos con los brazos doblados bajo la nuca contando las nubes; la hermanilla, preparando las sopas al más chico; la madre, aguardando su vuelta sentada en el banco de madera que él compró en San Clemente, banco de madera de pino, con una colchoneta de flores, y delante una mesa que hizo el padre, y donde grababan a punta de cuchillo las fechas de los nacimientos. Tuvo miedo de no entenderse con aquellos hombres cuerpo a tierra manejando un fusil imaginario, con aquéllos otros que se agrupaban a escuchar palabras que no oyó nunca.

Si me quieres escribir  
ya sabes mi paradero...<sup>36</sup>

Hasta la noche vagó por el patio. A esa hora encontró un amigo. Partió su pan con un perro de esos que dejan la casa porque los atrae, como a las mujeres ventaneras, las bandas de los regimientos. Acercó a sí al perro cuartelero de lanas rizadas canelas y blancas. A aquella hora de la noche sólo funcionaría en su pueblo el control, con las escopetas de caza dispuestas y la linterna del empleado de arbitrios para leer los papeles. A aquella hora primera, cuando la novia sale al zaguán o deja la trampilla de la cuadra alzada para que él entre y confunda para siempre el olor del amor y el del estiércol. Hora cuando poco a poco todo se vacía, se esconden, se evaden los campos y cruza el cárabo con un lamentar de pastor sobre los techos de las tenadas.

El perro se arrebató a ladrar. «No tengas miedo, no muerde». Pero mordió. El miliciano herido sacó la pistola y lo tendió a los pies del «Guinda», despanzurrado, como una vejiga desinflándose, con los pelillos canela y blanco inservibles de sangre. «Te he quitado un amigo. Aquí tienes otro»<sup>37</sup>. Y le tendió una mano ancha, de dedos macizos, amplios de base, comidos de uñas, como los suelen tener los forjadores. «Guinda» durmió aquella noche soñando con perros muertos, con salvilla de tías ancianas, arropado por fusiles, inquieto con lo que habría de hablar al día siguiente para contestar que no sabía leer, y que para nada de utilidad podría serle aquel papel de instrucciones que había recibido.

Con la mañana, el perro apareció en medio del patio, con la panza rosada llena de sol y las cuatro patitas al cielo; pero también apareció su amigo. El amigo que lo acompañaría en el largo tiempo de un año.

---

<sup>35</sup> Así se conoció al nuevo regimiento –que se sumó a los cuatro ya existentes en la capital de España– organizado por el Partido Comunista para la defensa de Madrid, y cuyo órgano de difusión fue precisamente la revista «El Mono Azul» en la que se publicó el presente cuento.

<sup>36</sup> Comienzo de una de las canciones más populares del lado republicano, surgida a raíz de la batalla de Gandesa, y compuesta sobre una melodía que ya se cantó en la guerra de África.

<sup>37</sup> Este episodio del perrillo solitario y sacrificado, como una víctima más de la guerra, trae forzosamente a la memoria la historia de la perrilla «Niebla» contada por María Teresa y poetizada dos veces por Alberti.



\* \* \*

«Guinda» volvió a sentir una bocanada de sangre en la boca. Ya no era el pueblo, ni la hermanilla esperándole en los caminos que vuelven de la guerra. Sólo quedaba, casi sensible a las palmas de sus manos reseca de fiebre, el amigo. ¡Cabrón! Él tuvo la culpa de que lo expulsasen del partido. Sobre la frente goteada de ese sudor pegajoso que da la extrema vida de los agonizantes, caía el sol recortado en hojas de chopo, ligeras al viento como corazones. Había un ruido de fuente que hacían los trigos. Eso le aumentaba la sed. Pasaron unas mujeres que se inclinaron como si fuesen a recoger una moneda para llenar sus ojos atónitos del color de la sangre viril. Seguía con la vida en un hilo, trepándole como una araña. ¡Cuántas veces sujetó con gesto masculino sus pantalones y se lanzó al ataque! ¡Cuántas veces durmió con un solo ojo preocupado por las letras de la cartilla! Bailaban las letras de todos los colores entre sus párpados. El amigo se había empeñado en que aprendiese a leer. Lo había zaran-deado hasta que le hizo comprender con claridad toda la turbia guerra que le llenaba de fango los tobillos. Su fusil tuvo un cerebro. «El Guinda» combatió despreciando más que nunca a los que en su pueblo se repartían la borrega antes de ganarla. «¿Dónde está mi fusil?». No se pudo mover. «Algún cochino italiano he matado. ¿Por qué me han excluido del partido? La medalla de la tía tiene la culpa». Le roía un animal extraño el tórax y le resbalaba luego por el cuerpo. La infinita soledad comenzaba a cubrirle los párpados. No era dolor físico, sino moral. «¿Por qué me han echado? Bebo, bebo; claro que sí que bebo. Pegué un tiro en la taberna. Me han dejado solo. ¡Agua!».

No estaba solo. Varios heridos aguardaban la llegada de la ambulancia. Pasaban camiones cargados de soldados hacia el frente. El combate se sentía crujir por las entrañas de la tierra. Los soldados apretaban los dientes sin cantar. Tenían miedo de no tener bastante ira para disparar sobre los enemigos. Algunos hacían ejercicios de memoria recordando las prisiones, el hambre, los desprecios. Era una guerra de clases y estaban frente a frente, los pies descalzos y los generales cubiertos de medallas. «Hay que conquistar la borrega», gritaba delirando el «Guinda» a las ruedas de los camiones. Se había olvidado de lo que aprendió en doce meses y se unía a la tierra, a los trigos, complacido del año de bienes que tendrían las trojes. «Hay que salvar la patria, muchachos», deliraba. Había olvidado el lenguaje del amigo con su precisión política para que los problemas tuvieran su justa medida. «Morimos por los pobres del mundo», quiso decir; pero se llenó de lágrimas su cara como pan quemado, comprendiendo que moría por su pueblo, por sus campos, por aquellas casas raquíticas de adobes que un día se pusieron flexibles de banderas; que moría por el pozo de su casa, y por las palomas del palomar, y por el carro que compraron en Cuenca, y por la silla donde su madre se sentaba, y por el hermanillo que nació cuando la Concepción. Comprendió, como si un río se precipitase en la poca ánima que quedaba en su pecho, que era un campesino atado a la tierra española de ancha y hermosa frente. Y comprendió que no vería más, nunca más, las yuntas del pueblo, ni la iglesia ennegrecida, ni el Judas con banderín rojo en la carretera, ni el Cristo coronado de tiernas hojas de fresno, ni la madre. No se quiso morir, y con la misma voluntad del roble que busca el viento, se incorporó en la camilla. Pasaba el amigo.

Por la carretera pasaba el amigo dando órdenes a un grupo de fusileros. Cuando vio al «Guinda» se detuvo. La mano del «Guinda» agarró la ancha mano de forjador,

con sus dedos macizos, anchos por la base. «¿Verdad que no me han expulsado del partido?». La muerte comenzaba a recorrerle los pies. «Mira; estoy ya como si me hubiesen plantado en la tierra. Echaré pronto hojas». El amigo dudó, quiso irse. Era un mal ejemplo el que daba quedándose allí con un expulsado del partido que había herido a un compañero en riña, que no comprendía los deberes políticos de un buen militante. «Oye; yo herí a aquél; tú mataste mi perro. Es la guerra, es la revolución, es la vida. Dime que me puedo morir». El amigo sintió volcársele en el pecho toda su ternura, vaciarse de amor a un semejante y deseó aquella ingenua muerte. Deseó ser aquel hombre volado por las moscas, resquebrajado ya en el último quicio de la vida, a punto de hundirse con la más hermosa de las muertes. Muerto de fe. El amigo, el hombre de la pistola en la cintura y el trabajo ilegal y la burla constante y el quiebro de rodillas al policía envidió la serena paz del combatiente por la tierra y estuvo a punto de quejarse porque él no había conseguido tener nunca tierra, ni pueblo, ni casa, ni descanso. Arrodillado junto a la camilla del «Guinda», se dijeron aún cosas infinitas: «Yo muero por los pobres del mundo. ¿Es así como te gusta oírme hablar? Camarada comisario: ¡cuánto me has hecho quebrar la cabeza para capacitarme!... Dame mi carnet. Devuélveme mi carnet». El amigo sacó de la cartera militar su propio carnet rojo, su vieja ejecutoria revolucionaria, y lo colocó entre los dedos del «Guinda». El «Guinda» abrió las pupilas otra vez a la luz de la patria. Debíó de pensar en su madre o en la definitiva presión de la tierra. El amigo seguía inventando suavemente, como si estuviese delante de una cuna relatando la historia del héroe que poco a poco entraría en los romances y en las guitarras. Poco a poco se le acabó la voz. No era necesario arrullar a la muerte. El «Guinda», campesino español, no volvería a hacer el gesto masculino de apretarse los pantalones antes de entrar en la batalla.

### *EL TENIENTE JOSÉ*

Cuando era modistilla la llamaban Josefa. No necesito aseguraros que las muchachas que cosen en Madrid son muy bonitas, porque universalmente están aceptados su gracia al andar y sus ojos. También es natural y corriente que tuviera un novio y que este novio fuera obrero en una fundición. El novio tenía ideas políticas claras. Su carnet sindical de la U.G.T. no le abandonaba nunca. Ella, Josefa, se reía de todas estas cosas de hombres, paseándose bajo los árboles del Retiro. Como se reía muy bien, el obrero fundidor le perdonaba todas sus herejías políticas. Por el mes de mayo de 1936 casi estaban a punto de casarse. Se dijeron al oído esas pequeñas palabras con que Shakespeare escribió su «Romeo y Julieta». Brillaban de alegría al encontrarse como una conjunción de estrellas. Hacían proyectos. «¿Cómo llamaremos a nuestro primer niño?». Era la época amable de reconocer las golondrinas y descubrió que hay palomas en las plazas públicas que comen en las manos; la era del deslumbramiento de la vida como una puerta imprevista abierta al campo; los días en que el mundo descubre misteriosamente su secreto y se ríe y se llora porque hay árboles altos y los niños juegan sobre praderas verdes. Toda esta creación interior les ocultaba el Madrid inquieto del mes de junio. Estaban las calles temblando como antes de amanecer. Lo imprevisto podía saltar a cualquier hora. Se oían tiros. Los obreros caían muertos bajo las balas fascistas. Jamás los puños se habían cerrado con tanta ira. En los cafés se comentaba

la situación política con aires de conspiración. Todos parecían saber cosas terribles y se las daban de enterados. ¿Cambiarían a los generales levantiscos? Antes de la mitad de julio moría acribillado a tiros el teniente Castillo, socialista, instructor de las jóvenes milicias populares; sólo horas tardaba en caer muerto Calvo Sotelo, jefe civil del movimiento militar que había de llevar a España a la tragedia de su segunda guerra civil.

Una mañana el cañón despertó las tejas de las casas, rozándolas con los obuses, que se dirigían vertiginosos contra el cuartel de la Montaña. ¿Qué sucede?, se preguntaron las mujeres, los vendedores, todos aquellos que se levantan temprano para ir al trabajo en las grandes ciudades. La contestación las dan las ametralladoras y los fusiles. Está amaneciendo el 18 de julio.

Al salir de su casa para ir al taller, Josefa se vio envuelta en la ráfaga de ira popular. ¡A las armas! Grupos de hombres enrojecidos corrían las calles ¡A las armas! La voz de la radio multiplicaba la voz magnífica de «Pasionaria», pidiendo fusiles para las manos proletarias. ¿Qué ocurre? Los generales han sublevado el ejército contra el Gobierno legalmente constituido. El pueblo defiende por las calles a tiros y a gritos la democracia y la libertad. ¡A las armas! El día 18 de julio ha amanecido.

Josefa fue con los demás amigos, enronquecida, cantando, respondiendo a los gritos, roja de indignación; la llevan en volandas hasta donde se reparten fusiles.

—Uno para mí.

—Las mujeres no necesitan armas.

Insulta a los hombres, se quiere pegar. Una amiga le dice:

—Tu novio anda por la Plaza de España.

Sí, pero ella quiere ir con un fusil como van los hombres. Llora. Un obrero la empuja cariñosamente.

—¡Tonta! Los hombres no lloran.

Entonces se dirige corriendo, desolada, por las calles a buscar a su novio. Por la calle de Alcalá sube una manifestación al Ministerio de la Guerra. Josefa se encuentra de pronto en una sala dorada con espejos brillantes y frente a un oficial que reparte salvoconductos y permisos.

—Quiero un fusil.

El oficial detiene un instante sus ojos cansados en los bellos ojos femeninos. Hay como una tregua; parecen una ventana abierta a un lago. Sin dudar un instante, como quien ha leído en el destino, firma un papel y se lo larga a la muchacha.

—¡Un fusil! ¡Ya tengo un fusil!

A los pocos minutos, con la negra cabeza movida por el viento del Guadarrama y de la historia, se une al torrente de heroísmo que forma el primer núcleo de las milicias populares de España.

Después de la toma del Cuartel de la Montaña, se rindieron los militares de Alcalá y se tomó por asalto Guadalajara. Josefa y su novio se dirigieron hacia la Sierra.

¡Cuántas noches entre los pinares recordó su casa! Ni siquiera había tenido tiempo de decir que se iba. Su hermano también se fue. Se había cruzado con ella en Los Molinos. Unos se dirigían hacia Navacerrada, y otros al Alto del León. Los padres, a esas horas, estarían buscándolos por las calles enloquecidas de Madrid. Ellos cumplían el destino de nuestra juventud.

¿Se puede decir que la guerra es alegre? Josefa estaba segura de que nunca se ha divertido tanto. Después de algunos tiroteos matinales, al atardecer se reúnen para discutir las *operaciones militares*; no hay entre ellos ningún oficial. Llevan la voz cantante unos muchachos de las Juventudes, a quienes llaman los *Cuatro gatos*. Son ellos los que reclaman a todas horas que es necesario formar un batallón y organizarse militarmente. Josefa, que está en pleno sueño de libertad, les grita: «Sí, y comer rancho». Aún dura el odio a la traición de los militares y nadie quiere oír hablar de disciplina, ni de ejército.

Una noche, por fin, los *Cuatro gatos* consiguieron formar un Batallón. Luego trataron del nombre que debían ponerle, porque era necesario distinguirse de los otros batallones que se formaban por toda la Sierra. Pasaron a votación. Se votaba para él un nombre lleno de prestigio: «Batallón Thaelman»<sup>38</sup>. Como sólo votaban los que tenían carnet sindical, la mano de Josefa se quedó en el aire, sin contar, como una rama inútil perdida en la noche.

Disparaba junto a ella, y una bala le dejó doblado contra las piedras grises. Josefa pensó en su interior: «Estará herido», y continuó disparando, pero a los pocos minutos notó que sus ojos se empañaban, el punto de mira de su fusil se borraba en una lejanía temblorosa, y sintió, antes de comprobarlo, la muerte de su novio pesarle sobre sus hombros. Sí, había muerto, sencillamente como mueren los milicianos. Al volver a la Comandancia llevaba Josefa entre los dedos el carnet sindical del obrero fundidor, el carnet del Partido Comunista, una serie de papeles arrugados, un peine.

—Quiero ir a Madrid.

Todos pensaron que no volvería nunca más a la guerra, pero a los tres días la vieron regresar más pálida, más triste.

—¿Fuiste a ver a tu madre?— le preguntó el comandante Modesto, que es andaluz, cordial y fue arrumbador en las bodegas jerezanas<sup>39</sup>—. Sin contestarle, Josefa le enseñó

<sup>38</sup> El «Batallón Thaelmann» fue una unidad militar de voluntarios, al mando, inicialmente, de Hans Beiler, que reclutó a un grupo de exiliados alemanes, huidos del nazismo, que habían acudido a la Olimpiada popular de Barcelona de julio del 36. Sus actuaciones más destacadas se realizaron en la defensa de Madrid, en la zona de la Ciudad Universitaria. En el número 127 (12-XII-1936), o sea, unos días después de la fecha que figura al pie de este relato, la publicación «Milicia Popular» anunciaba que «el folleto de las Ediciones del Quinto Regimiento sobre la historia del Batallón Thaelmann será hecho por nuestros queridos camaradas María Teresa León, Alberti y Prados», y añadía que los tres escritores mencionados «han sido enviados a Albacete por la Comisión de Trabajo Social del Quinto Regimiento para recoger materiales y hablar con los organizadores del glorioso batallón». No tengo noticias de la efectiva publicación de ese anunciado folleto, pero cabría pensar que este relato, «El teniente José», podría situarse en el ámbito inmediato de la preparación de dicha crónica.

<sup>39</sup> En efecto, el comandante Juan Modesto Guilloto era, como Alberti, de El Puerto de Santa María, y como el poeta también asistió como «externo» («el proletariado escolar» en expresión de Rafael) al colegio jesuita de San Luiz Gonzazga. Alberti lo recuerda «hijo de una esbelta y fina mujer llamada Milagros, no sé si costurera alguna vez en nuestra casa»; y rememora el reencuentro —en plena guerra— de los dos antiguos condiscípulos: «era en Madrid y por los grandes días heroicos de noviembre de 1936. El Quinto Regimiento me había llamado una lluviosa tarde bombardeada para recitar por su emisora unos romances y poemas míos sobre la defensa de la capital. En el recibimiento de aquel palacete conquistado me paró, de pronto, cuando ya me marchaba, un jefe de milicias, un joven comandante». *La arboleda perdida*. Barcelona. Seix Barral, 1975, p. 40.

entre los dedos levantados el carnet del Partido Comunista; no quería ser en la votación un brazo inútil como una rama perdida en la noche.

A los pocos días Josefa era sargento, y le llamaban el sargento Pepe. Su nombre, masculinizándose, no le hacía perder su gracia mujeril; iba vestida de «mono» azul con correa oscura, cruzándole el pecho apretado contra el corazón. Nueva doncella guerrera de romance, iba entre los suyos guerreando con la serenidad del que todos los días debe vengarse un poco de la muerte. Así fue viviendo el sargento José, al compás de la vida del Batallón Thaelman. El Batallón Thaelman ingresó en el Quinto Regimiento. Se cubrió de gloria. Combatió en Talavera, Toledo, Santa Olalla, Seseña, Madrid. Cuando los batallones se fundieron en las brigadas, al formarse el Ejército Popular, el sargento Pepe fue con ellos a Albacete. Habla a sus hombres de disciplina. Allí la he visto con los ojos relucientes, prendiendo con los dedos temblorosos un pitillo que le alargaba el comandante Modesto, a la vez que le comunicaba que había sido nombrada teniente.

¡Teniente! ¡Qué pena, él no lo vería! El que había muerto en los primeros tiempos de la guerra civil, allí en el Guadarrama. Yo vi que se le apretó la garganta al teniente José, porque abrió mucho los ojos recordando seguramente las palabras que le dijo el viejo obrero madrileño, cuando lloraba el 18 de julio por un fusil. «¡Tonta! Los hombres no lloran».

El teniente José ingresará en una escuela militar. Se lo merece. Sus jefes elogian su serenidad admirable cuando las baterías fascistas abren fuego contra nuestras posiciones. Ningún hombre se atreve a retroceder mientras ella avanza. ¡Qué valiente es el teniente José! Será general y la llamarán Don José, pero yo creo que seguirá siendo muy mujer, muy mujer española, y, guardarme el secreto compañeros, pintándose un poco los labios antes de entrar en batalla.

(2 de diciembre de 1936)

\* \* \*

Dos escenas de la guerra, dos anónimos combatientes, el soldado arrancado de su medio rural, la mujer que quiere ponerse a la altura del hombre en las tareas de guerra, y en ambos casos dos seres marginados, olvidados, en un momento histórico en que deciden alcanzar el protagonismo que demasiados siglos de olvido, de postración, le habían venido negando.

En el primer caso un pobre muchacho que entiende, con ejemplar claridad, que el premio de justicia social que la revolución promete hay que ganarlo con el sudor y el esfuerzo, incluso con la propia muerte si es necesario. «Guinda» prolonga en su persona el tributo de otros hombres soldados a unas guerras en las que lucharon tal vez a la fuerza, tal vez sin entender ni recibir nada a cambio, aunque ahora, en esta nueva etapa, él sí sabe, o sí cree entender, por qué lucha, por qué muere. El cuento –como en el anterior– es también un emotivo ejemplo de confraternización en la trinchera (es emotivo el momento de la caricia al perro blanco y canela y su violenta muerte, tan violenta quizá como la que el noble y primitivo «Guinda» infirió al compañero de partido; en la violencia todo se acaba volviendo demasiado violento). Y no

es menos una velada acusación a todos los que regatean la solidaria aportación a la defensa de una República que se está jugando el todo por el todo –una propaganda que se hizo abundante, insistente, en aquellos días, proclamada en carteles, consignas, arengas, poemas, piezas teatrales de urgencia... Una prosa de Miguel Hernández, por ejemplo, aparecida en *Al Ataque* (3 de enero de 1937) formula como «el deber del campesinado» estar al quite de todos los peligros, ser los primeros en el combate, «los que sepáis dar mejores lecciones de hombría. Que ni un solo fusil se acobarde a vuestro lado. Que a nadie importe morir por la defensa de su barbecho libre, de sus manos libres para recoger el trigo y la viña»<sup>40</sup>.

El segundo cuento prolonga la finalidad inmediata del primero, ofrecer unas instantáneas de la guerra, que lleva pocos meses en marcha, desde los ejemplos estimulantes de combatientes anónimos y animosos. Pero introduciendo ahora la variante de que es una mujer la que contribuye –incluso con las armas– a esa defensa leal y hermosa de la propia libertad y de la legalidad constituida, la que extiende hasta aquellos límites la fidelidad a su pareja. El caso concreto –¿bastante real?, ¿del todo inventado?– de una «nueva doncella guerrera de romance» que reitera, por un lado, la decisión que tomaba a última hora, en aquel amanecer del 5 de octubre del 34, el personaje Rosa en el cuento «Liberación de octubre» (*Cuentos de la España actual*) y que adelanta, por otro, la historia de Asunción Cornejo (de la novela *Contra viento y marea*) que asiste, llevada por la curiosidad, a la toma del Cuartel de la Montaña y luego –tras la pista de su hombre, el miliciano Daniel Martín Palomero– acaba en las trincheras del Guadarrama, codeándose con «los cuatro gatos» de un batallón, y demostrando con su personal valentía que «una mujer tiene iguales derechos que un hombre».

María Teresa, pensando en ella misma y en otras tantas mujeres parejas a ella en tan dramáticas circunstancias, apuesta por un feminismo militante y generoso que en absoluto divergía de la realidad. Y si no, ahí están los testimonios que se pueden leer en algunas páginas del *Diario de la guerra de España* de M. Koltsov, quien en las anotaciones correspondientes al día 14 de septiembre del 36 nos ha dejado estos testimonios que glosan suficientemente este

---

<sup>40</sup> Cito por la edición de *Obras Completas* de Hernández a cargo de Sánchez Vidal y Rovira (Madrid, Espasa Calpe, 1992, vol. II, pág. 2172). El texto ya había sido recuperado por Marrast y Cano Ballesta en el volumen *Poesía y prosa de guerra y otros textos olvidados* (Madrid, Ayuso-Hiperión, 1977). Por cierto –y ya que se hace referencia de Hernández– obsérvese el parecido del cuento en sus primeras líneas –la leva de soldados republicanos entre los pastores de las zonas rurales– con la pieza teatral de guerra (y en verso) del autor oriolense, *Pastor de la Muerte*, incluidos los consejos de los mayores y los temores de las mujeres –madres, hermanas, novias– cuando intuyen que aquellos cuerpos jóvenes que con su marcha dejan sin hombres la aldea, van directos a «pastorear la muerte» muy lejos. De hecho ambos textos, el cuento y la obra teatral (de haberse representado) cumplían perfectamente la finalidad de ser «armas de guerra».

cuento-semblanza de María Teresa León: «*La mujer entra en el ejercicio de sus derechos humanos (...) ahora, cuando la guerra civil ha fecundado el país con una revolución popular democrática, ha abierto las casas, ha arrancado cortinas y biombos, ha revuelto toda la vida social y privada (...). Recordaré a Conchita que en el Guadarrama cogió el fusil de su novio muerto. Y a las jóvenes comunistas Lina Odena y Aurora Arnáiz, con un mono, pistola al cinto, al frente de importantes destacamentos, y que han organizado a miles de jóvenes españoles en defensa de la libertad. Y a María Carrasco, mujer de mucho genio, mecánico en el aeródromo de Cuatro Vientos, que trepaba por los motores, manchada con la grasa de las máquinas (...). Y a quinientas mujeres que se presentaron el primer día de la guerra civil en los hospitales de Madrid ofreciendo su sangre para las transfusiones (...). Y a María Teresa León, en la carretera de Talavera, con sus pequeño revolver de plata. Y a Marina Ginesta, callada, atenta, con los cabellos cortados a lo chico, combatiente en las barricadas de la plaza de Colón, concienzuda mecanógrafa y traductora. Esta es la auténtica mujer española que ha descubierto, siguiendo a Dolores Ibárruri, en la hora difícil de la lucha del pueblo, su verdadera imagen, firme y enternecedora*»<sup>41</sup>. Un asunto cada vez más en boga –la participación activa de la mujer en la guerra civil– que ya generó, como vemos, preocupación teórica y propagandística en las mismas fechas de autos (sobre todo desde el lado anarquista) y en relatos posteriores<sup>42</sup>. Bastaría recordar romances como el de Miguel Hernández a Rosario Sánchez, «la dinamitera», o el del casi desconocido Félix Paredes a Encarnación Jiménez, o Lina Odena piropada en el verso de Vallejo [«en pugna en más de un punto con Teresa» (de Jesús)]<sup>43</sup>; relatos como el de Alberti, «La miliciana del Tajo», o manifiestos como los aparecidos con cierta insistencia en la revista «Mujeres Libres»: así el publicado en el mismo mes de julio del 36, en el que se reconoce lo que el cuento de María Teresa viene a ilustrar con un caso concreto: la mujer «no vaciló y decidida se lanzó a la calle a luchar al lado del obrero, compañero o no. Y ofreció su vida joven, pletórica de ilusiones juveniles, en las primeras jornadas de la lucha heroica, en que cada hombre era un héroe y cada mujer equivalía a un hombre»<sup>44</sup>. Se reverdecía el viejo motivo literario romanceril de la «doncella guerrera», de modo que la misma María Teresa puede afirmar orgullosa en otro texto complementario de este relato que «la mujer popular se ha levantado sobre nuestros campos rotos con el prestigio de su derecho

<sup>41</sup> Cito por la traducción del ruso llevada a cabo por las Ediciones del Ruedo Ibérico, en 1963, págs. 87-88.

<sup>42</sup> Entre otros varios que podrían citarse, recordaré la actualidad extraliteraria que ha tenido la novela de Antonio Rabinad, *La monja libertaria* (Barcelona, Planeta, 1981, rebautizada con el título *Libertarias*, al reeditarse en 1996, al amparo de la película de Vicente Aranda inspirada en dicha novela).

<sup>43</sup> Víctor Fuentes, «La mujer, autora y protagonista, en el Romancero de la guerra civil», *Letras Femeninas*, XII, n.º 1-2 (1986), págs. 16-23.

<sup>44</sup> Tomo el texto de la recopilación elaborada por Mary Nash, *Mujeres Libres. España 1936-1939*, Barcelona, Tusquets Editor, 1975, pág. 92.

a intervenir en la Historia de España»<sup>45</sup>. Y es que –como dice Mary Nash al comienzo de un documentado e importante artículo sobre el tema– «la milicia representó una de las imágenes más innovadoras de la figura femenina en el discurso revolucionario y en la movilización antifascista», y añade algo que es importante para enmarcar el relato transcrito: «la imagen beligerante de la mujer combatiente con su mono azul, figuró de forma predominante en los carteles de guerra y en la propaganda fotográfica», si bien restringe –como así fue– el verdadero alcance de las milicianas con armas y mono azul a la euforia de las semanas iniciales de la guerra tan sólo»<sup>46</sup>.

\* \* \*

3. Por último, he aquí el texto del cuento tardío, discurso maduro que empareja este relato con los últimos textos de María Teresa, ya sean las «fábulas» del exilio, ya las memorias de su personal melancolía.

#### MANOS ARRIBA

No sigas, abuela. ¡Tonta! ¡Es imposible, qué risa! ¡Cuentos de abuela! Parece mentira. ¡Ja, ja, ja! No te metas los dedos en la boca. Los dedos son cinco. ¿Cuántas manos? Eres impagable. Bah, inventora. Me duele la cintura de reírme. ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Por qué? ¿Hasta cuándo? ¿De qué manera? ¿Bizco? Cuatro manos bizcas, cinco manos, seis manos... no, no, no.

Sí, sí, sí ¿Cómo está usted? Señora...

Bueno, empiezo otra vez.

¿Cómo está usted, señora? Señora, vengo a devolverle... Usted no me debe nada. Sí, un recuerdo. Bah, eso es tan poco. No lo crea, señora. No lo soy... criada apenas. La señora me llama Jorgita, porque le recuerdo a un Jorgito que la trajo a mal traer. ¿Jorgito? ¿No tendría otro nombre sacado siempre del santoral? No lo sé, a mí me llamaba Jorgita y la voz de la señora hacía arpegios, Jor... gi... taaa... Ahora le cuesta arrastrar las sílabas... está muerta. No comprendo cómo puede usted reírse de que yo escuche Jorgitaaa cuando usted tiene los oídos tapados con cera. ¿No sería Ludovicooo? Déjeme pasar. Pase, nadie se lo impide. Usted. ¿Yo? Sí, usted. ¿Necesita alguna cosa? ¿He de coserle los botones en los calzoncillos, arreglarle el chaleco? ¿Debo plancharle la camisa de las chorreras de encaje? No sé para qué le pregunto si ni lo conozco siquiera. Yo, tampoco, acabo de llegar. He dicho al cochero que me

<sup>45</sup> «La doncella guerrera», otro de los trabajos de M. T. León incluido en el colectivo *Crónica general de la guerra de España* mencionado al comienzo de este artículo, pág. 79-81.

<sup>46</sup> «La imagen nítida, agresiva y militante de la miliciana con un fusil se limitó a una pequeña minoría de personas y tuvo escasa continuidad en el tiempo. Se debe asociar, sólo, a la fase inicial de la guerra y al primer entusiasmo de fervor antifascista y revolucionario» («La miliciana: otra opción de combatividad femenina antifascista», en el volumen de AA.VV., *Las mujeres y la guerra civil española*, Madrid, Ministerio de Cultura, Instituto de la Mujer, 1991, págs. 97-108). En realidad Mary Nash atiende en su trabajo a las razones que desaconsejaron y acabaron prohibiendo estos alistamientos iniciales de mujeres y su marcha al frente de batalla, en vez de quedarse en la retaguardia, empleadas en labores educativas y de apoyo.



aguarde y dé de beber a los caballos. Agua habrá, ¿no? Por ahí rodaba un arroyuelo, lo recuerdo. ¿La señora sigue abriendo la puerta a cuanto gandul se presenta? ¿Ahora son las hijas? Está bien. Abrame la puerta.

Pero hombre, para qué mete la mano en el quicio ahora, justo cuando yo quito el cerrojo y levanto todo este montón de madera y hierro y zás, me deja dentro el dedo ese y le oigo gritar, alborotando la noche: ¡Mi pulgar!

¡Ay, mi pulgar! Pero para qué me ha dado con la puerta en las narices, si no tengo narices y me deja sin dedo que es lo único que me va quedando. Mire mis manos. ¿Y ahora? ¿Cómo podré agarrar la cintura de una mujer? Me faltará un sonido, una nota. Abra, abra bien. Repítame como se llama. Jorgitaaa. Encienda, Jorgita, las candelas y condúzcame a la cámara de la señorita dormida, esa que dejaron con la mejilla apoyada en la mano. ¿La mejilla apoyada en la mano? Cuentos. Ahora la mano sabe muy bien las aldabas que toca. No, no hablo alto para que no se entere la señora, pero la verdad es que hoy las muchachas... ¿Ya empezó el odio de clases? ¡Silencio! Yo, Jorgita, deseo que desaparezca por aquel corredor, ¿me entiende? No, por el espejo, no; baja la escalera, pero antes colócame el pulgar aquí.

Corredores, puertas, muros... Debía sabérmelos de memoria, pero todo lo olvidé. Hay un humo gris que ya no es de tabaco. ¿De dónde llega? Me canso. Estoy cansado de mis transparencias. Me gustaría tropezar, volver a tropezar como cuando me detuvo... Caballero, ¿es que ahora se va a caer de bruces? Eh, eh, caballero, ¿y la sangre? Está bien eso del duelo, pero vuelva, se ha dejado usted la sangre. Tome, tome, poquita es, pero le servirá. ¿Y usted quién es? ¿Cómo se llama? Florinda, de flor de capullo, de pistilo, de bautismo. ¿Y la dejan sola? ¿Y a usted no lo han dejado solo y tirado? ¿Por qué me mira como si lo hiciera por el ojo de una cerradura? Costumbres adquiridas, ¿no? Usted es de los fisgones que se satisfacen con mirar y no tocar. ¡Señorita! Ni eso soy, la sociedad tiene sus escalas. No se ría de mí; es cierto que navego, vacilo, tropiezo, bajo los cuadros de las paredes, escondo los vestidos, ya no encuentran los zapatos ni las tijeras ni la última carta... Bonita manera de dar fastidio, ¿la tiene usted registrada? Sí, desde hace siglos. ¡Ja, ja, ja! Y además pierdo todo, hasta la espada que yo quería tanto ya no la encuentro. Señor, señor, ¿y los ojos? ¿Dónde se dejó los ojos? Por aquí, por aquí, venga, yo le ayudo, coloque la mirada en este descendiente prodigio. No es la nieve, es mi voz la que levanta las dos pequeñas cimas concluidas por una diminuta promesa. Señor, señor, sus manos quietas. Alargue más ojos, vayan sus miradas rasgando sedas y terciopelos. ¡No me toque! Siento frío. Un frío de ojos que me ven, de sus ojos helados que me miran el viento tan redondo que es mi odrecillo, mi tambor, mi apoya manos. Deje que lo acaricie y se lo paso en seguida a sus ojos. Ahí lo tiene. ¿Aún más? ¿El bosquecillo también? No saque la lengua como un gato. ¡Ay, señor! ¿Ya se le fue el habla? ¡Qué monotonía; a todos les sucede lo mismo! ¿Enredarse en mi enredijo con su enredijo? ¿Qué balbucea? ¿Que mi bosquecillo es otoño dorado? ¡Las cosas que hay que oír! No, mi bosque canta la primavera. ¿No dijo usted que andaba, andaba sin detenerse? Pues pase, pase y no traspase. ¡Ay, que se cae! ¡La sangre, caballero! ¡Soy la doncella Florinda, cuidado! ¿Ha recogido usted su sangre? ¿La mía? ¡Ja, ja, ja! ¡Para virginidades está el tiempo!

¡Ludovico!

¿Quién me llama? Siempre alguno me grita arriba, abajo, a los costados. ¡Ludovicooo! Y yo corro, me inclino, me asomo, me aplasto en la escalera, en el techo

o me trepo a la luz para que pasen, o al encaje de la ventana... ¡Ludovicooo! Y se alejan con su humano peso intacto y sus voces y sus maneras de monos vestidos y su felicidad en los labios... ¡Ludovicooo! Entonces yo me apresuro a frotar los cristales de las ventanas, las paredes..., los techos para borrar estas últimas manos tan delgadas como un suspiro, cortas como una carta que no llegó, húmedas del vaho que al envolverme me va vistiendo silenciosamente de gris olvido... Cuidado, señor no se tropiece de esa manera con sus sueños.

Yo no he tropezado, ha sido usted. Bájese, está moviendo todos mis libros, cambiándolos de lugar. ¿Yo? ¡Pero si yo no he leído nunca! Me ponía mi uniforme y andando. ¿Adónde? A la guerra, claro es. ¿Qué guerra? La de entonces, la de antes. Tiene usted razón, todas son lo mismo. Salía, apoyando la mano en la empuñadora de la espada y las mujeres volvían la cabeza para mirarme. ¡Ja, ja! Las mujeres no están nunca en la realidad exacta, son aproximativas, ¡ja, ja! ¡Pero mi espada! No baje la cabeza, un militar es un hombre perdonado de todo asesinato por el tribunal de la nación. Dígame, ¿cuántos muertos? ¿Es un interrogatorio? No, es una novela. Necesito precisiones. ¿Lo del duelo? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Con quién? ¿Se calla? Pero si yo soy..., yo soy...

¡Ludovicooo!

Mi nombre. Me están llamando. ¿Habrán llegado ya los padrinos? ¿A pistola, a sable...? No tengo más remedio... ¡Voy! ¿Quién me grita? No me gusta que me interrumpen cuando estoy inventando, aplicando, retratando, cosiendo, revelando, tundiendo, orillando, vertiendo, modelando, dejando el rasgo herido por la luz, la luz por el martillo, el trazo por el cincel, la idea por la forma, la materia por el soplo, el relieve por el tacto. Baja. Sí, mujer, baja, pero tengo que cerrar las cien puertas y las doscientas ventanas y soplar todos los rincones para que todo quede limpio, ordenado, numerado, exacto: cinco minutos de sol, dos de lluvia sobre el tejado, cuatro segundos para que los búhos se escondan, un cuarto de hora de proyección y un suspiro de silencio. ¿Cómo podrá la gente trabajar en el barullo o a codazos o a puntapiés o a encontrones contra los muros de las casas para librarse de las embestidas cornudas de los automóviles? Aquí, en cambio, por las ventanas se trepan las rosas y el claro de luna y se enreda la melena del sol y las águilas están a punto de echarse a volar de su plinto de piedra y mi escultura, fina como un manojo de lirios, sube su blanco talle-tallo blanco hacia...

¿Si permito qué? ¿Sentarse? ¿Quiere sentarse incomodándose, posando sus posaderas en mi silla de trabajo? ¿Por dónde ha entrado? ¿Arrastrándose por la puerta cerrada? ¿Viene del desván? ¿Y ese polvo de siglos? ¿A ver? No conozco esa marca. Me parece que usted se ha restregado por el suelo del archivo ese que María Teresa sacude con sus curiosidades y desalfombra de papeles. Está usted color de documento viejo, cubierto de letras rotas, de nombres, de apenas nombres desparramados por su traje. ¿Quién es? ¿No se presenta? Puede hacerlo, aquí somos democráticamente activos, alegres y sanos de sonrisa. ¿Por qué se aleja ahora dibujándose por las paredes como un anuncio? ¿Ya se escapa? Yo iba a invitarlo a comer en la cocina de abajo, frente al fuego, los aceites y los vinos y los manjares de esta su casa, porque al que llega aquí se le ofrece el pan y la sal y mi mujer no le sonrío, le río con su boca grande y los ojos oscuros que se trajo de América bien relucientes. ¿Que cuento cosas íntimas? Siéntese, no se vaya, le curaremos la herida, no se haga el desentendido ni el sordo

y no se empeñe en ser el que vaga y se desliza y se transparenta en papel de vidrio n.º 2 o sube ahilándose en el humillo de la tarde para evitar tenderle la mano a otro hombre, su igual, su amigo, su hermano...

Contuve la carcajada que llevo conmigo desde que me desafiaron a duelo para no asustar a aquel humano de lápiz en alto, agité el aire despidiéndome y todo suspiró herido de nostalgias. ¡Ludovicooo! Luego Ludovico existe, le oí murmurar mientras trazaba en el papel signos mágicos, conjuros y se golpeaban, heridas, las ventanas y todo se llenaba de ensalmos y advertencias.

Estos viajes me están cansando. Busco, busco ¿Dónde se quedaron sus labios tan chiquitos, tan tenues? Ya no me importan los caballeros que me tiraron el anzuelo del desafío. ¿A pistola, a sable? ¡Celosos! Busco a ella, la del pañuelito en la ventana que me decía: Sube, sube, ya la señora doña Soledad se ha ido a encender el quinquet. Dulce, dulce de almendra, ¿dónde estás? Atravieso las puertas, las paredes, vuelo terrazas, cabalgo balcones y tejados como un gato en la tarde pero no te encuentro, eso que oigo tus pasos, tu vocecita patinando sobre el pentagrama y tu... silencio. Insisto: ven, no voy a contarte ninguna batalla porque cuando corro hacia ti las dejo en la mochila. Sí, ya sé que entré sin llamar, que te besé sin aviso, que te desarropé de un tirón. Niña, niña, ¿no oyes relinchar los caballos vencedores? Deja, deja que te llamen. Quédate pegada a mi boca. ¿Que nunca tenemos bastante los húsares? ¿A qué crees que hemos venido a este país y a esta casa de las cien ventanas? ¿A descansar? ¿Está en la libreta militar eso de descansar? ¿Quieres que otra vez entre? ¡Niña! Ven, subamos las escaleras. ¿Tu manita? ¿Ya no tienes manitas? ¿Apenas un lacito azul en la muñeca? Yo tampoco tengo mi uniforme ni falta que me hace, porque sobre el tejado el rocío me cubre de sal blanca. Déjame decirte eso que nadie oye y todos creen que es el besuqueo de las lechuzas en los desvanes, déjame tenderme a tus pies con mi repetición de péndulo. ¿Que no estás ya? Pues mis manos últimas te agarran y... ¡Ay, mi traje! ¡Mi vestido! ¿Ves lo que has hecho por insistir en la escena? Y ahora sin cola, ¿cómo podré volver al cuadro? Se darán cuenta, ¿y qué me harán? Tengo una pena en el alma. No cantes. Es que me parece oírles por aquí, por aquí. Allí están. Pena de muerte. Es un caballero. ¿Lo desafiarás? Y lo mataré. ¡Apunten! ¡Fuego! Deja de arrastrar tu espada. Ahora es de viento y arrastra rosarios de suspiros, ansias. ¿Para decírmelos me has arrancado la cola del vestido? ¿Cómo podré dirigir la danza? Yo no sé más que llegué y te vi y... A todas les has contado lo mismo; os lo dan escrito al nacer. Pero yo dejé la milicia, el decoro militar, las medallas al valor, las espuelas... todo lo eché a tus pies. ¡Mis piecitos! Tus piecitos que yo besé como caramelos de rosa abiertos. Qué dirían, Ludovico, si... ¿Si tú no regresases al cuadro, niña? Niña, ¿no sabes que hoy es mi última posibilidad de hombre? ¿No ves mis manos, las que se quedaron tan rígidas por tu amor... mis manos, mis últimas manos...?

¡Adiós, Ludovico!

¡Niña, niña! ¡Ay, qué juego el que me juegas! ¡Cómo duelen las manos cuando se golpean con ellas las paredes! ¡Ahí las dejo! Niña, niña tú te vas y yo he de permanecer y yo he de seguir el áspero juego de la ausencia. Qué daño me hace, cuánto me duele este resto de mi memoria pegado en la palma de la mano. Ahí se quedan, no las necesito ya para nada, para nada...

¡Ludovicooo!

Calla, calla; ahora ya sé que quien me llama es el búho. ¡Ja, ja, ja, ja!

\* \* \*

Extraño relato, que acentúa el tono onírico de los que aparecen en la última colección de cuentos que María Teresa editó, *Fábulas del tiempo amargo* (1962), aunque sin el poso acibarado del retorno anhelado a la tierra perdida, que se siente tan punzante como imposible. Aquí María Teresa vuelve a jugar con inconexas y a la vez insistentes, dolorosas, imágenes y referencias de la memoria. Alguna vieja historia familiar, probablemente ajena, escuchada, reinventada, entretejida de celos, de amores, de desdenes, de viejas costumbres de salvaguardar el honor del hombre y de la mujer, de duelos, de ausencias. Un clima onírico, hermético, en el que sólo somos capaces de vislumbrar sombras, sugerencias, retazos de historias que se han perdido, y quedan, a jirones, prendidas del aire y de la memoria, como hologramas, como huellas de vidas afantasmadas. El hombre y la mujer, en dos tiempos distintos, que vemos deslizarse por extrañas galerías semisecretas en un –tal vez– encuentro fugaz, intenso, prohibido, feliz y desgraciado a la vez, acaban siendo algo tan inmensamente sutil e importante en la literatura de María Teresa como «este resto de mi memoria pegada en la palma de la mano». Y el contratiempo que se advierte en el relato es el imposible regreso del recuerdo, cuando el personaje ha empezado a perder las manos que sirven para atenazarse a la vida, cuando ya se ha empezado a ser gris olvido, un olvido detenido, interrumpido fatalmente, al que se le ha puesto contra la pared y «¡manos arriba!». Cuando ya sólo es fantasmas de sí mismo.

Acerca de la posible génesis de este hermético relato, creo que puede hallarse una inconcreta noticia en el artículo de Aitana Alberti, «Antepasados y fantasmas», en donde la hija de María Teresa y Rafael rememora algunos momentos –durante el exilio romano (1963-1977)– de las visitas a la portentosa y atractiva «Villa Guillichini» que había adquirido Miguel Otero Silva. Allí, «cuando coincidimos con Miguel Ángel y Blanca Asturias –rememora Aitana Alberti–, nuestros anfitriones se quitaban la palabra para narrarnos las «verídicas» andanzas del fantasma Ludovico», sobre quien –asegura la articulista– prometieron escribir todos los amigos que gozaban de la romántica mansión en un valle próximo a Arezzo, aunque concluye –y pienso que refiriéndose justamente al cuento «Manos arriba»– que «sospecho que mi madre fue la única que cumplió lo pactado aquella tarde aretina»<sup>47</sup>.

<sup>47</sup> Artículo incluido en la sección «La arboleda compartida», con la que la Sra. Alberti colabora en «ABC Cultural». El artículo citado se publicó en el n.º 202 de dicho suplemento (15 de septiembre de 1995, pág. 26).